

LIBROS

García Márquez: Una reflexión sobre el poder

El propósito explícito de García Márquez, al acometer la larga gestación de *El otoño del Patriarca* (1), fue intentar «una reflexión sobre el poder»; su empresa imposible y probablemente inconsciente, remontar los caminos de la épica hasta la Edad de Oro del pensamiento mítico y la epopeya. Si el mito —como ha señalado Zérafra— supone la persistencia de un tema, con una posibilidad de variantes en principio infinita, la historialización de ese tema, su conversión en novela (esa «moderna epopeya burguesa», en la fórmula de Hegel) lo degrada; pero el tiempo lo reinstaura con un nuevo sentido.

García Márquez encarna su reflexión sobre el poder en la figura de un perenne dictador inequívocamente hispanoamericano, pero no abandona la idea del eterno retorno, el carácter a-histórico del mito, su transgresión de todos los aspectos del tiempo. De la tensión entre la fijación del tema en un tiempo y una sociedad específicos (esto es: la novela) y la indeterminación entre pasado, presente y futuro, propia del mito, surge la posibilidad de una lectura que confiera al texto, a más de su valor literario, un valor simbólico (dualidad que algunos analistas son propensos a suponer en toda obra literaria); de postular, en fin, que García Márquez descifra, a través de las antítesis generadas por aquella tensión, el «código» de toda la Historia del continente; más aún: que la estructura de *El otoño del Patriarca*

(1) Plaza & Janés.

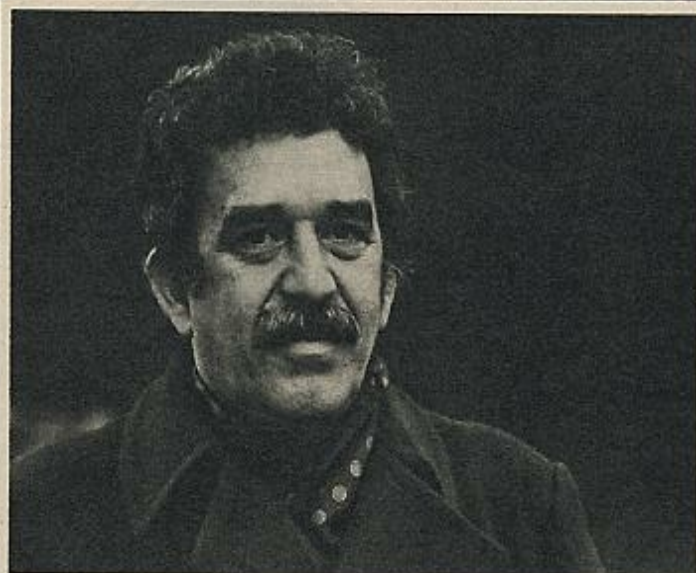
ca, sus virtudes y sus defectos, surgen de ella.

Los seis capítulos que componen la obra (sus seis frases, para decirlo con palabras del autor) muestran una sintaxis homóloga. Un narrador que utiliza la primera persona del plural los inicia contando la muerte del eterno dictador (desde el descubrimiento del cadáver hasta la exhibición de éste en una «cámara ardiente»), pero el complemento de esa descripción es una serie de recuerdos de la inacabable vida del personaje principal; la voz del plural y principal narrador pronto deriva hacia otras perspectivas; se trata no sólo de que suele ceder la palabra a otros narradores (fenómeno recurrente cuyas especiales características en este texto quizá lo caractericen como ningún otro), sino de que la conciencia del narrador se ve impregnada por la de su personaje, el que de alguna manera habla por su boca. Cuando el Patriarca pretende la santificación de su madre, aun a pesar de la negativa vaticana, y la establece por decreto, explicaba:

«Que no importaba que una cosa de entonces no fuera verdad, qué carajo, ya lo sería con el tiempo», a lo que el narrador agrega:

«Tuvo razón, pues en nuestra época no había nadie que pusiera en duda la legitimidad de su historia, ni nadie que hubiera podido demostrarla ni desmentirla, si ni siquiera éramos capaces de establecer la identidad de su cuerpo, no había otra patria que la hecha por él a su imagen y semejanza, con el espacio cambiado y el tiempo corregido por los designios de su voluntad absoluta, reconstituida por él desde los orígenes más inciertos de su memoria mientras vagaba sin rumbo por la casa de infamias» (página 171).

Instaurador de un mundo, el Patriarca es su propia historia, es la historia. Narrador principal y narradores secundarios, el mundo narrado mismo, no tienen existencia fuera de él. «Todo antes de él era



García Márquez.

vasto e incierto», anota el narrador; también fuera de él. Pero hay aún otra vuelta de tuerca: se trata no sólo de la ambigüedad de los recuerdos del Patriarca (no ya de su veracidad; «él había visto eso y muchas otras cosas de aquel mundo remoto, aunque ni él mismo hubiera podido precisar, sin lugar a dudas, si de veras eran recuerdos propios o si los había oído contar...» [pág. 173]), sino también de la ilegitimidad, de la mentira básica de ese mundo aparentemente autosuficiente: cuando muere Patricio Aragonés, doble perfecto del dictador, le dice a éste:

«... todo el mundo dice que usted no es presidente de nadie ni está en el trono por sus cañones, sino que lo sentaron los ingleses y lo sostuvieron los gringos con el par de cojones de su acorazado...» (página 29).

Así, si el Patriarca parece el sustento de la patria y de la historia, si su figura no se rige por las nociones habituales de tiempo y espacio (a través de sucesivas ampliaciones, el espacio es primero el país; luego, «el mundo del Caribe»; después, aunque no explícitamente, América. El tiempo, por su parte, es el cubierto por la vida del dictador: de ciento siete a doscientos treinta y dos años, según el augurio de la adivina; pero tampoco esa cronología es fiable: el Almirante

de la Mar Océano le regala una escuela de oro como signo de máximo poder; cuando celebra el primer centenario de su ascenso a la Presidencia, ya existe la televisión; en rigor, se trata de toda la historia del continente), eso sucede sólo en cuanto el texto es un discurso mítico que él se dirige a sí mismo; en este sentido, el Patriarca es, también, un símbolo de la comunidad hispanoamericana o de sus clases dominantes.

Pero, como ha explicado Durkheim, el mundo institucional tiene una historia que es anterior al individuo y no es accesible a su memoria biográfica; la historia del individuo se aprehende como un episodio ubicado dentro de la historia objetiva de la sociedad, si bien ésta es un producto humano (y una realidad objetiva). En cuanto personaje novelesco y no héroe mítico, el Patriarca es, como el ser humano, un producto social.

La tensión mito-novela subsiste aquí. Si el Patriarca, como los héroes de la epopeya, según Steiger, desconoce el amor («había conocido sin capacidad de amor en el enigma de la palma de sus manos mudas y en las cifras invisibles de las barajas y había tratado de compensar aquel destino infame con el culto abrasador del vicio solitario del poder» [pág. 269]), es la ausencia de ese amor la que opera como nú-

cleo de sus recuerdos y de los episodios de su discurso (Manuela Sánchez, Bendición Alvarado, Leticia Nazareno, José Ignacio Sanz de la Barra, las alumnas del colegio colindante a Palacio, etcétera), la que marca el vacío de su vida y la que opone, finalmente, su autodirigido discurso mítico a la narración plural de la novela. Porque el narrador principal de la obra, según se revela en los párrafos finales, son los desheredados del poder, pero poseedores de la vida y del amor.

«La única vida visible era la de mostrar la que nosotros veíamos de este lado que no era el suyo, mi general, este lado de pobres donde estaba el reguero de hojas amarillas de nuestros incontables años de infortunio y nuestros instantes inasibles de felicidad» (pág. 270).

De allí que la muerte del dictador Zacarías Alvarado, General del Universo, el final de su otoño (su vida), sea propuesto, en un final alegórico de tono forzosamente moralizador, como la liberación, como «la buena nueva de que el tiempo incontable de la eternidad había, por fin, terminado» (página 271).

La grandeza y la imposibilidad de la tentativa de García Márquez (que, anotemos al margen, no omite su propio cuestionamiento a través de una visión de la literatura hispanoamericana centrada en sus

dobles orígenes: Colón y Darío; véanse las referencias y pastiches en las páginas 44, 179, 185, 193, 194 y 267) se condensan en esa frase final. ■ LUIS INIGO MADRIGAL.

La explicación de tanto absurdo

Sé que puede resultar una osadía el pronunciarse sobre tema tan espinoso como es la generación de 1936, una generación que fue y que no fue, pero cuya voz sigue oyéndose aquí y allá, dentro y fuera de los límites de su lengua, intentando buscar «la explicación de tanto absurdo».

Ildefonso Manuel Gil es uno de esos escritores a los que, por muchas razones no del todo justificadas, se suele mencionar con cautela entre los paréntesis de la guerra civil y del exilio; es uno de esos escritores que nos llegan siempre vinculados a circunstancias concretas y a convulsiones individuales y colectivas perfectamente definidas e incluidas en coordenadas muy precisas. Ello nos haría pensar en un cierto desfase, en una ardua concomitancia ideológica y de lenguaje. Y por eso se me hace más difícil adoptar una postura ecuménica y objetiva; leer a la distancia de años y acontecimientos no conocidos el testimonio de un escritor que hace de su vivencia el tema cardinal de su trabajo, puede inducirme fácilmente al error o a falsas apreciaciones que no me perdonaría nunca. J. L. Aranguren escribió alguna vez (1) que la aportación fundamental de la generación del 36 fue «la existencialización de la literatura», y a mí me parece que su frase nos puede servir de apoyo para iniciar estas breves notas sobre *Poemas del tiempo y del poema* (2), de Ildefonso

(1) *Insula*, Madrid, septiembre de 1966.
(2) Ildefonso Manuel Gil, *Poemas del tiempo y del poema*. Col. Halcón que se Atreve. Ed. Curso Superior de Filosofía. Málaga, 1973. 39 páginas.